

Escrito está

**LETRA
A
NEGRA**

Escrito está

D.R. Enrique Jaramillo Levi

© Enrique Jaramillo Levi

© para la presente edición Letra Negra editores 2010

11 av. 2-49 z. 15 C.P. 01015. Ciudad de Guatemala.

Teléfono: (502) 2369-6950

Correo electrónico: letranegra2k@gmail.com

Diseño de portada: Jennifer de León

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Escrito *está*

Enrique Jaramillo Levi

La metaficción y los vericuetos de la creatividad literaria

I

La metaficción, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones, es una forma de entrar más directamente en los vericuetos de la escritura literaria reforzando, al mismo tiempo, el aspecto artístico del proceso de la creación a través del ingenio y el dominio del oficio con el que desde la obra misma se le indaga. Aunque siempre ha existido, y de ello hay abundantes pruebas en la literatura universal, su presencia como un tema estético de particular interés empieza a sentirse con más fuerza y constancia en el siglo xx.

Si la novela y el cuento son considerados obras de ficción, y por tanto aspiran a tener categoría artística, podría decirse que los textos metaficcionales son, por naturaleza, ficción a la segunda potencia; es decir: ficción de la ficción. ¿Por qué? Porque su materia prima es algún aspecto de la creación literaria, y a menudo la propia obra que ha sido escrita. En otras palabras: los contenidos de la ficción, y a veces también su forma, se ficcionalizan dentro de la obra en sí. Por tanto, cuando dentro de la obra en cuestión se le da categoría o rango propio y destacado a los personajes, a la trama, a la atmósfera creada, a la estructura del texto, al estilo o al tema mismo por encima del tratamiento anecdótico usual de historias de índole extraliteraria ligadas a una realidad exterior, el hecho de priorizar uno o varios de esos u otros elementos que forman parte del texto hace que estemos frente a una obra de índole netamente metaficcional.

Debe entenderse, entonces, que en este tipo de obra hay una actitud indagatoria y, en más de un sentido, experimental, ya que la atraviesa una insistente reflexión en torno a la naturaleza del acto creativo o acerca de los componentes de la obra final que resulta de tal proceso. Pero es menester que esa indagación se realice más bien a trasmano, que se dé como de soslayo, y que fundamentalmente

se nutra de los procedimientos propios de la ficción literaria, sobre todo tratándose de novelas o cuentos. Así, la ficcionalización del texto debe estar en un primer plano. El lector debe sentir que de una u otra manera se le está contando una historia interesante, que tarde o temprano surge un conflicto y que éste termina en un desenlace. De otro modo tendríamos más bien un ensayo, y no una verdadera obra de ficción, que es como se define a las novelas y a los cuentos literarios.

Todo lo anterior nos hace concluir que, lógicamente, no puede haber metaficción sin que antes exista ficción en una obra; es decir: simulacro creíble o recreación de una realidad, construcción de una verosimilitud a partir de un artificio artístico. Porque el término metaficción lo que sugiere es un ir más allá de la ficción, aunque en realidad lo que suele ocurrir es que mediante este procedimiento se penetra más a fondo en ella —en la ficción—, indagando su esencia, cuestionándola, a menudo desmenuzándola sobre la marcha, desde la raíz, mientras se la va construyendo. Se trata, pues, en algún sentido, de una suerte de endogamia creativa; de partenogénesis literaria, en la cual la ficción se pare a sí misma mientras se mira hacerlo: un fenómeno artístico en el que es posible visualizar un complejo juego de espejos; o bien la imagen de una serpiente hecha de ficción queriéndose comprender mejor a sí misma, y que termina mordiéndose la cola.

Todo lo cual puede sonar, por supuesto, como una exquisitez o entelequia abstrusa, como un exceso de intelectualización que añade complejidad a lo que, ya de por sí, no es algo sencillo de entender: la naturaleza, funciones y proyección de la ancestral creación literaria, la cual sin embargo siempre se está renovando; y más concretamente, de la ficción. Y, claro, para el lego en la materia puede que sea así; sin embargo, ¿cómo negar que el intelecto humano siempre busca ampliar sus horizontes, profundizando en las posibilidades de su materia prima? ¿Cómo negar que la capacidad del arte —y la buena literatura siempre lo es— resulta prácticamente infinita en sus ramificaciones, vericuetos, alcances?

En todo caso, el mundo de la ficción está ahí, virtualmente abierto a todo, sujeto en todo momento al escrutinio de la creatividad e inventiva de quienes cultivan el difícil arte de la escritura: los escritores; y es preciso estudiarla a fondo, función ésta de los críticos que algunos escritores también se apropian desde las entrañas de la obra misma, como parte integral de su estructura y su estilo. Y, como ya se ha dicho, eso es precisamente lo que hace la metaficción: abordar la ficción desde los meandros de la ficción misma, problematizándola.

II

Los trece cuentos que integran la colección que he titulado **Escrito está**, y que mereció el Premio Único de Cuento en la Septuagésima segunda versión de los **Juegos Florales Hispanoamericanos** de Quetzaltenango, Guatemala de 2009, congregan gran parte de las características antes reseñadas; sólo que al mismo tiempo son muy breves y concentrados, por lo que además de ser metaficciones a la vez son minicuentos. De ahí el nombre que le he dado a uno de esos textos, pero que perfectamente se le puede aplicar a todos: *minimetaficción*.

Acaso habría que agregar que se trata de textos híbridos, aleatorios, autoprocreativos, en los que literalmente la ficción se va haciendo sobre la marcha, como una reflexión sobre la narración, y en algunos casos como una narración acerca de una reflexión. ¿Y sobre qué se reflexiona y se narra? Sobre el acto de reflexionar narrando, o de narrar reflexionando; es decir, sobre el acto creativo en estado puro. Así, en estos minicuentos metaficcionales trato de construir historias carentes de historia, personajes y trama. Y mientras procuro hacerlo, me miro haciéndolo, me autoevalúo, expongo mis dudas al respecto...

Podría decirse, en todo caso, que la escritura es el único protagonista de estas historias que, al negarse a ser una suma de

simples anécdotas tradicionales cuyo referente es la realidad circunstancial, se identifican a sí mismas y se asumen como protagonistas. Quiero pensar que se trata de una escritura creativa, ingeniosa, lúdica; de una búsqueda de significado que, al plantearse como tal, se explica a sí misma y termina por encontrarse, anclada como está a la naturaleza literaria y en la propia indagación. Todo lo cual podría entenderse, en cierta forma, como la plasmación de trece variantes de una misma metáfora acerca del arte y la experiencia humana: la ancestral metáfora de la identidad, ahora plasmada en los 13 minicuentos que integran la colección: **Escrito está.**

Escrito está

Los 13 minicuentos que integran esta sección ganaron la septuagésimo—segunda versión de los *Juegos Florales Hispanoamericanos*, en Quetzaltenango, Guatemala, en septiembre de 2009.

Fallo:

“El trabajo merecedor del Primer Premio es el titulado **Escrito está**, del pseudónimo *El as en la manga*, trabajo constituido por trece textos, algunos de ellos dentro del género que el mismo autor califica de *minimetaficción*. Dichos textos denotan un conocimiento profundo de las herramientas del oficio y una original imaginación, cualidades que, a su vez, sustentan la gran calidad estilística de los mismos, base para que el autor indague con libertad y solvencia los temas que parecen preocuparle: el proceso íntimo de la creación artística, por ejemplo, que aborda, tanto desde una perspectiva teórica literaria, cuanto desde una inquietud por el ser humano en sí, transpuesto metafóricamente en una frontera donde el lenguaje se torna personaje y el conflicto creativo deviene en la verdadera trama de todas las historias.”

Jurado único: **Francisco Proaño Arandi** (Escritor ecuatoriano).

Escrito está

AÚN NO EMPIEZA A REDACTARSE y sin embargo en cierto sentido ya está escrito. Se sabe con certeza porque es así, sin necesidad de explicaciones y sin tener que justificar nada. Así ocurre a veces, uno está convencido de algo, y esa misma convicción es la que propicia el hecho, la induce a suceder, la escritura en este caso, sin remedio, simplemente porque sí, porque así son las cosas.

Por el momento se trata de un texto eminentemente informe, escueto, híbrido, carente de trama por no tener situaciones ni atmósferas ni personajes que describir, ni problemas que exponer o meditar. No habría forma de clasificarlo, darle nombre, mucho menos apellido. Es un simple texto que se mira a sí mismo en el proceso de irse articulando, como si le pusieran delante un espejo y lo que viera fuera sólo su reflejo. Y los reflejos suelen duplicar las cosas, de manera estática, uniforme, sin añadir nada que no esté en el original, sin avanzar, sin pretensión alguna. Y cómo negar en este caso que las palabras son parteras de sí mismas, que viven agregando aliadas al anónimo repertorio, que aspiran a crecer en compañía. En buena compañía, se entiende. La mejor posible. ¿Pero cómo determinar tal cosa, cómo calificar, calibrar, valorar, dar su justa dimensión a lo

que nace, si aún no es del todo criatura y sin duda existe el peligro de que se frustre en el intento? ¿Si el empeño que lo impulsa es tan fugaz y escurridizo como el más efímero colibrí rondando el pensamiento?

Y sin embargo el texto continúa creciendo, se hace fuerte en su constancia, en la seguridad que le viene desde adentro, que se alimenta a sí misma. Poco a poco va tomando forma, sabe con certeza que es una cosa viva, un ser de luz que avanza. No le preocupan los reparos que puedan endilgársele por su aparente falta de contornos, por su carencia de perfil, por no mostrar un sentido claro o un camino por donde aventurarse. Eso no importa, lo que realmente debe ponderarse es la naturalidad con la que se consolida sin prisa alguna su corpus de armonía. Porque a medida que las palabras que se forman se van cohesionando entre ellas, también se multiplican con la ayuda de otras que se añaden: nuevas palabras que junto con las anteriores construyen ese sentido hasta ahora ausente, una cierta estructura, la ilusión de una significación final. Esa ilusión que es tan indispensable y que subyace siempre en el fondo de una forma en ciernes.

Y es por eso entonces que para consolidarme no necesito en realidad una historia impostada como tantas otras que andan por ahí, vacías o banales. Porque yo soy mi propia historia, ésta que se ha venido contando, la que nace con la primera palabra y habrá de terminar en la última. La historia de cómo me he ido llenando de amor a mí, a mi vocación raizal, para convertirme en auténtica escritura antes de dar el gran salto hacia el umbral de las especificidades. Antes de poder ser, en sentido estricto, un texto que —como éste—no sólo se contente con narrarse a sí mismo como cualquier escritura automática a la vieja usanza de los surrealistas, sino del que puedan inferirse otros rumbos poco antes de que termine su lectura. Del que deba decirse con absoluta certeza: escrito está. Y bien escrito. Aunque el misterio del proceso de su hechura sea en sí mismo su tema, su trama única, su íngrimo protagonista. En todo caso, me atrevo a proclamar: existo, luego existo.

Cuentos completos

EL ESCRITOR PIENSA QUE YA VA SIENDO HORA DE RECOPIRAR TODOS SUS CUENTOS. Los muchos publicados en libros a lo largo de tantos años y también los inéditos, que en total ya suman varias decenas. Reunirlos en un solo gran libro —más de 500 textos—, en un espacio todo lo amplio y extenso que resulte necesario para contener los numerosos matices de su creatividad. Tal vez en varios tomos y acaso en un orden cronológico inverso al de su publicación, de tal manera que primero aparezcan los más recientes y al final los de mayor antigüedad. Un orden que permita al lector una visión integral de su quehacer narrativo. Una panorámica que al propiciar la comprensión del despliegue temático y la variedad formal, al mismo tiempo ponga de manifiesto -exaltándola- su pasión por el género. Una auténtica visión de conjunto.

Quiere verlos todos reunidos en un amplio volumen, ojalá de tapa dura, que permita apreciar diversos momentos de su esforzado oficio al poderse oscilar en la lectura de los cuentos fantásticos a los psicológicos, de los de carácter erótico a no pocos metaficcionales, de los oníricos a los metafísicos, de los realistas tradicionales al ejercicio encapsulado de la minificción. . . Cuentos muy breves, cortos,

medianos o extensos en sus dimensiones, si bien prevalecen sin duda los cortos. Su dominio del oficio, se dice, ha producido una cantidad apreciable de textos en los que la excelencia se hace sentir, y prácticamente todos los demás son al menos buenos cuentos. En esto no cabe modestia alguna, piensa satisfecho. Dentro de la indudable complejidad general de su escritura—generalmente densa, técnicamente variada, y muy cuidada en lenguaje y estilo—, su aporte a la narrativa regional es indudable. Además, a sus sesenta y cinco años él ya es un autor reconocido, al menos entre los especialistas. Si bien nunca ha sido un *bestseller*, ni falta que le hace, tiene prestigio, se le respeta por su obra.

Por eso cree que ha llegado el momento de ofrecerle la idea de la publicación de sus *Cuentos Completos* a la nueva editorial *Istmo Literario Centroamericano*, recientemente establecida en Panamá. Por eso, y porque el tiempo no pasa en balde, ya es hora de ir poniendo sus cosas en orden. ¡Y qué duda cabe de que sus cuentos son su más preciado tesoro! Debe rescatarlos, sí, para la posteridad. A menudo hay que darle un empujoncito a ciertas ideas, a determinados proyectos, convirtiéndolos en acciones como la que ahora se propone. Claro, pondrá manos a la obra en seguida... Trabajaré arduamente en la revisión, en el pulimiento indispensable siempre, en la clasificación, y en un par de semanas habrá terminado de organizar la recopilación, y entonces les llevará, armado ya, el proyecto. Los asesores de la empresa, quienes conocen mi trayectoria, se dice, sin duda darán su voto a favor tras leer el conjunto de los cuentos, contribuyendo así a que este viejo sueño mío se realice...

Y cuando el aspirante a escritor despertó de su ensueño, el esbozo de cuento escrito hasta el momento—tres párrafos—seguía frente a él en su mesa de trabajo, muy quitado de la pena, sin terminar. Entonces, pensando en la ironía del asunto, decidió aprovecharla plasmándola en unas pocas frases que de inmediato añadió al texto como párrafo de cierre; con lo que tuvo al fin su primer cuento. Su primer y único cuento completo.

Mordiéndose la cola

CUANDO SE SENTÓ A ESCRIBIR SUPO que contaría la historia de alguien que se sentaba a escribir acerca de alguien que a su vez se ponía a escribir un cuento que en realidad era el mismo que él escribía.

Al principio no pensó en mí, pero no importa. Si bien soy un lector exigente, no me siento necesariamente protagonista de nada. Es más que comprensible que el autor de un texto quiera crear un personaje a su imagen y semejanza en tanto que escritores ambos, y que no se ocupe del lector que también puede ser un personaje importante, como sin duda lo soy yo en este caso, pues sin mi presencia el escritor sólo se tendría a sí mismo.

En seguida, no obstante, se acordó de mí y me incorporó a la historia. Probablemente porque se percató de que la escritura y la lectura de su cuento –y de cualquier texto– se dan simultáneamente. Lo más probable es que crea que él y yo somos, en el fondo, la misma persona. Pero se equivoca. Somos muy diferentes, al menos en este texto, al igual que los escritores creados no son idénticos entre sí ni simples dobles de su creador. Yo sí soy, en cambio, el mismo que lee lo que él escribe y el que se mira, desde afuera, existir como lector. Por supuesto que sí. Ese es justamente mi mayor

Escrito está

mérito. Además, ya me he convertido en parte de esta trama, en el asunto esencial de la historia, desplazando así al autor creado que, a la par, está escribiendo un cuento que cree personal e independiente pero que inevitablemente es este mismo.

La verdad es que no es tan curioso, como pudiera pensarse al principio, que yo sea a un mismo tiempo el protagonista, un aspecto esencial del argumento y también el tema mismo. En realidad, no puede ser de otra manera. Porque soy la conciencia que reflexiona y da coherencia, a falta de acción, a este relato. Conciencia crítica, por supuesto, ya que debo señalar, sin ambages, que lo que aquí ha resultado es un delicioso solipsismo; una breve metaficción que sólo alude a sí misma de principio a fin, con lo que termina mordiéndose la cola. Lo cual no es ni bueno ni malo, pero causa desconcierto, claro, como toda mordida que se respete. Acaso podría inferirse entonces que quien lee y quien escribe este texto sí es, a fin de cuentas, la misma persona: tu doble, querido lector (¿lectora?).

El desafío

—¿Qué hace uno cuando no tiene nada que hacer?

—Pues algo, cualquier cosa.

—¿Pero, y si no hay absolutamente nada que hacer?

—Siempre hay algo que hacer, siempre.

—No siempre.

—Leer un libro, por ejemplo.

—¿Y si no hay un libro disponible?

—Te lo inventas.

—¿Cómo?

—Escribiéndolo tú mismo.

—No cualquiera es escritor, lo sabes muy bien.

—Por supuesto, pero tú lo eres. Por eso te lo digo.

—Para eso hay que estar inspirado. Sabes muy bien que uno no se dice a rajatabla “Voy a escribir un libro”, se sienta y lo hace.

Escrito está

—Tal vez no un libro, pero si algún tipo de texto cuyo asunto o conflicto o personajes se tiene guardado esperando justamente el momento preciso para, manifestándose, salir a la luz.

—Es que ese momento, que no es cualquiera, es justamente lo que suele llamarse inspiración, la musa, que es lo que a mí más me falta. . .

—Sin embargo, a menudo puede trabajarse cómodamente con cierta dosis de disciplina, de fuerza de voluntad, de tal manera que la creatividad subyacente logre inducirse poco a poco con el ejercicio, con la práctica más o menos cotidiana, con la fuerza de voluntad. ¿No crees?

—Puede ser.

—Conozco a un escritor que durante años se la ha ingeniado para hacer de la improvisación literaria, a menudo ejercida bajo presión, una suerte de hábito que le ha rendido excelentes frutos. Muchos de sus mejores cuentos los ha escrito sin estar realmente “inspirado”, a fuerza de trabajo cotidiano.

—¿O sea que no planea antes sus cuentos: su tema, su trama, el personaje principal...?

—Él jura que no.

—No te creo. ¿De quién se trata? ¿Lo conozco?

—Creo que sí, aunque no lo suficiente.

—¿No me digas que eres tú mismo!

—Claro, Ricardo, ¿quién más?

—Nunca me habías dicho que escribes de esa forma.

—Nunca te he dicho muchas cosas.

—¿Podrías demostrármelo?

—¿Cómo así?

Enrique Jaramillo Levi

—Sentándote ahora mismo a escribir un texto coherente, todo lo breve que quieras, pero que sea realmente un cuento.

—Te acepto el desafío, Ornel, pero sólo si tú intentas también hacer lo mismo.

—De acuerdo.

Veinte minutos más tarde Ornel le entregó a Ricardo, quien no lograba avanzar gran cosa en su propia escritura, un cuento totalmente dialogado, a excepción del último párrafo, muy breve. Su título: “El desafío”.

Minimetaficción

COSA CURIOSA: TIENE CONCIENCIA plena de su nacimiento. De hecho, sabe que en este momento está naciendo. Y sin embargo lo toma como algo natural, como si no pudiera ser de otra manera. Ni le place ni le disgusta. Simplemente es así. Y se deja llevar por una curiosidad neutral, fría, como si fuera una cámara que se filmara a sí misma.

No entiende cómo, pero ha visto surgir lentamente y sin mucho esfuerzo su frágil cuerpo hecho de palabras, en seguida de frases concatenadas; sin dolor, sin sangre, más bien con sosegada alegría. Entonces mira a todas partes. No ve nada que no sea su propia presencia vibrando a ritmo lento sobre una superficie blanca. Ha nacido sin aparente ayuda de nadie, y sabe que desde el principio empezó a crecer, sigue desarrollándose, llegará a su fin. Es el ciclo inmutable de la vida.

Se dice que debe entender lo que es, la naturaleza exacta de su existencia. No se puede vivir sin identidad. Empieza a descartar posibilidades: no es un ser humano, ni un animal, ni una planta. No, definitivamente. Tampoco un lugar ni una situación ni una atmósfera, y sin embargo se mueve.

Enrique Jaramillo Levi

En algún momento confirma su textura de lenguaje que, como un conjunto de arterias y venas por donde en un cuerpo sano correría la sangre, se van imbricando unas con otras las palabras hasta dar paso a un sentido: el de una especie de incierta búsqueda. Cada tanto tiempo, en lapsos muy cortos, entiende mejor el fenómeno: su cuerpo crece en cierta dirección, se redondea cerrando incipientes ángulos y clausurando el peligro de los pequeños abismos. Sin ser anárquica, su progresión gramatical es la verdadera historia. Una historia sin verdadera historia, no—declarada.

Y no obstante, cómo dudar que desde hace unos minutos alguien o algo le insufla vida. A menos que sea su propio motor generándose en permanente partenogénesis semántica. Porque es evidente que puede pensar, sentir, lo ha venido haciendo desde el primer hálito. Pero algo le dice que no está en su naturaleza el tener un crecimiento extenso, y que su desarrollo tampoco implica objetivo o misión concreta alguna. Intuye que simplemente es un experimento surgido al azar: un significado con muy poca capacidad de expansión. Confirma, además, que se basta a sí mismo, que con lo que lleva construyéndose satisface su propia forma.

De pronto se sabe escritura pura, una suerte de feliz contención. Y siente deseos de bautizarse con un nombre poco común, exótico. “Me llamo *minimetaficción*”, exclama feliz. Y, sabiéndose al final del recorrido, se da por terminada para poder ser en otros.

No hay móvil: he dicho

SIEMPRE SE HA DICHO QUE detrás de todo crimen existe un móvil. Incluso en los de naturaleza pasional, tan impensados a veces, tan espontáneos en su manifestación de súbita violencia. De una u otra manera, dicen, resulta irremediable que se frague algún mecanismo, secreto para el propio individuo, pero en realidad inevitable, que cuando el escenario sea propicio o de pronto se desaten los rencores o queden liberadas las frustraciones largamente contenidas, estalle sin que esto suponga un plan previo o trama alguna. Eso afirman los que sin duda saben. Pero yo les garantizo, amigos, que este breve cuento nace de sí mismo en los pocos minutos que me está tomando escribirlo lentamente, aunque de corrido y sin pensarlo dos veces.

Sin duda me dirán que esto es literatura y no un crimen, motivo teórico de la previa reflexión, por lo que nada tiene que ver una cosa con la otra. Y yo les tendré que contestar que en principio tendrían razón, pero que no obstante sí tiene que ver en este caso –en este cuento–lo uno con lo otro. Porque este texto ha matado en su cuna, sin premeditación ni alevosía, cualquier asomo de historia (personajes, argumento, atmósfera, tiempo o lugar) para que, por sí solo, se vaya

Enrique Jaramillo Levi

construyendo esta suerte de híbrido relato capaz de autoficcionalizarse significándose plenamente.

Piénsenlo y verán. En más de un sentido es escritura automática pura (aunque subliminalmente razonada). Lenguaje expositivo más que la escritura narrativa usual. Vuelvo pues al principio: el móvil de este caso –cuento– como tal, no existe. Lo único que a final de cuentas existe es el cuento mismo. He dicho.

No puedo parar

NO PARO, NO. NO PUEDO PARAR, cariño. Podría terminármeme la cuerda por falta de uso. Mientras me mantenga en movimiento estaré relativamente seguro. Porque la emoción de crear, de ir dándole vida a lo que momentos antes no existía, descarga silenciosas endorfinas de vitalidad y alegría por mi sistema nervioso y circulatorio poniéndome eufórico y recargándome día a día las baterías del cuerpo y el espíritu. Ese es mi secreto. Ahora renovado por tu existencia, por este cariño que crece a distancia. Por eso la energía siempre a flor de piel y el entusiasmo permanente, siempre dispuesto; por eso la voluntad de nunca parar en la creatividad o en la brega. Hasta que llegue el día en que, tal vez sin darme cuenta, me quede ya sin cuerda.

Hasta entonces no lo había pensado expresamente, pero siempre lo había sabido, por lo que decidió escribirlo. Para ella (era evidente que de un tiempo a esta parte todo lo hacía pensando en su amada).

El texto resultante no era más que una compacta explicación metafórica –no solicitada, por cierto– ante una simple expresión de

Enrique Jaramillo Levi

asombro emitida por alguien muy muy especial para él, ante la constante actividad literaria de su admirado escritor. Y es que, obligado por las circunstancias y moldeado por los gajes imprevisibles del amor, había ido adquiriendo la costumbre –buena o mala–de responderle hasta los más mínimos comentarios y reflexiones a la chica, expresados a través del correo electrónico o por teléfono, ya que muy a su pesar los separaba una considerable distancia signada por la abrupta y enconada geografía. Por tanto, era necesario aprovechar cada oportunidad, tanto para escribir lo más y mejor posible, como para expresarle a ella los fulgores y esperanzas de todo su creciente amor.

Pasaron las semanas y luego fueron meses, y la frecuencia e intensidad de las cartas de la chica decrecieron notablemente. Y un día él no supo más de ella. Por más que procuró desesperadamente restablecer contacto con su amada, fueron inútiles sus esfuerzos. El silencio tomó mil formas y ocupó todas las tribunas. Dicen que poco tiempo después, abrumado por la tristeza, al escritor se le acabó de golpe su preciada cuerda vital. Ella, a punto de casarse con otro, lo supo poco después por los periódicos.

¿Qué tiene de malo?

DIO POR TERMINADA SU DIARIA sesión de yoga, respiró profundo, se puso en pie y se dirigió al baño para ducharse. Antes de entrar a la regadera se quitó la malla negra untada a la piel por el sudor y la humedad. Frente al espejo su cuerpo esbelto era sin duda una visión espléndida. Se mantenía en forma, joven, apetecible. Se acarició suavemente los pechos, el vientre, deseándose ella misma. Resistió la tentación y entró al amplio cubículo de la ducha. Cerró tras de sí la puerta de cristal. Giró ambas llaves en igual medida para ajustar la temperatura en su justo medio de tibieza. En seguida abrió un poco más la del agua caliente dándole al pequeño recinto el ambiente de vapor que tanto disfrutaba. El líquido salpicaba fuerte sobre su piel, enrojeciéndola, inflamándola de gusto. Dejó que el chorro la recorriera toda, ofreciéndole con deleite cada ángulo de su cuerpo, todos los flancos. Después empezó a enjabonarse. Sus manos espumosas recorrían sus contornos, los resquicios, excitándola. Sintió que se incendiaba, que necesitaba llevar la combustión hasta su límite. Abrió un poco más las piernas, condujo los dedos ávidos hasta su vulva permitiendo que se la

Enrique Jaramillo Levi

acariciarán con ternura hasta centrarse en el placer de masajear por un rato su erecto clítoris y, gimiendo, propiciar el estallido. Y en seguida penetra a saco en las profundidades de su ser con la rigidez de fállicos dedos que imagina ajenos entrando y saliendo y girando a diestra y siniestra hasta que temblando de gusto propicia la máxima delicia de sí misma. Aullando explota una y otra vez, y sin sentir ya las ráfagas de agua caliente segundos más tarde cae al piso desvanecida.

Sólo entonces, al dar por terminada la escena la dejo en paz. Siempre le pasa lo mismo tras una experiencia como esa. El placer resulta tan intenso que se desmaya. Ahí se quedará un rato, dormida, tranquila. Nada le va a pasar mientras yo no decida lo contrario en la actual historia o en alguna otra. Había estado muy tensa por la reciente separación de su marido, y ella sabía que esto le iba a hacer bien. Así ha sido, en efecto. Sin duda no sabrá agradecerse a nadie más que a sí misma cuando despierte, pero no importa. No escribo para que me agradezcan nada. Mucho menos los personajes que, lógicamente, ignoran mi paternidad.

Ahora tendré que reconciliarla tarde o temprano con el marido haciendo que éste aparezca en escena, o buscarle un amante, porque así no puede quedarse para siempre. La psicología de una mujer como esa, además de su hermoso cuerpo, simplemente no lo permiten. Aunque me llamen machista. ¿Qué tiene de malo, si en realidad le estoy haciendo un favor? Además, todavía no tiene una personalidad definida, una vida realmente propia. Para bien o para mal, aún depende por completo de mí. Yo mismo no he pensado mucho en cómo es ella, más allá de su evidente erotismo, siempre a flor de piel. Ni siquiera tiene un nombre propio, la pobre. Pero bueno, de todos modos creo que dejaré el desarrollo de su vida para otra historia.

En la última línea

SIENTO FRÍO, MUCHO FRÍO PESE AL CALOR que oprime el ambiente. Busco una cobija y me arropo temblando, mientras al mismo tiempo me escurre por las sienes el sudor. Tengo una familia hermosa, buenos amigos, propiedades, dinero en el banco, una excelente educación, salud, pero no soy feliz. Es como haber comido en abundancia y sin embargo seguir teniendo hambre. Todo esto lo pensó Armando Casís Duarte antes de nadar mar afuera hasta cansarse, y terminar hundiéndose a varios kilómetros de su Portobelo natal para no salir más a la superficie.

Yo, que escribí todo lo anterior, no tengo las muchas cosas de las que disfrutaba mi personaje, y tampoco soy feliz; pero no por eso voy a cometer la estupidez de quitarme la vida. Lo que hago cuando me deprimó es crear pequeñas ficciones, como ésta. Probablemente mi autor, si tiene similares apremios, hace lo mismo. Por eso estoy aquí, y no en el mar Caribe, nadando como pez en el agua pese a las estrecheces de este minitexto. Hasta que acaso un lector avezado me atrape y me haga parte de su propia fantasía en la última línea.

El sortilegio de la mirada

ESE ASUNTO DE LA MIRADA SIEMPRE lo había fascinado. No importaba si era un intercambio sutil o intenso, igual resultaba ser un fenómeno esencial en su vida. Siempre había consecuencias. Claro que muchas veces uno imagina cosas cuando mira o es mirado. Cosas que la mente convierte en realidades que para bien o para mal pueden cambiarnos la vida. Porque cómo saber si se interpreta lo correcto, lo que esa mirada realmente significa. Si no hay palabras o acciones que a continuación describan o establezcan pautas o determinen rumbos significativos, todo lo que sigue en la mente puede ser pura invención, fantasía pura. Y sin duda los mundos imaginarios pueden ser maravillosos en fecundidad de todo tipo, o por el contrario abierta o subrepticamente terroríficos. Pero lo que yo sentí ese día al mirarla a los ojos, al sentir que me miraba intensamente, fue la quintaesencia de la felicidad. Y ya nada ha sido igual después. Por eso afirmo, y espero demostrarlo con esta historia, que el sortilegio de la mirada puede ser principio y fin de la vida misma.

Escrito está

Sin embargo, no hubo tal demostración porque no hubo historia. Si otras veces había sido capaz de inventársela a partir de una idea, de un concepto, a veces de una simple frase significativa, e irle dando continuidad y verosimilitud hasta llegar a un desenlace apropiado, en esta ocasión se había pasmado. Estaba en blanco. Si bien la idea estaba ahí, en abstracto, la verdad es que no había encarnado. Cero situación que narrar o describir, cero ambiente que recrear, cero trama, cero personajes que desarrollar. Sin duda esta vez había llegado a su límite como escritor. Porque es claro que hay cosas que no se pueden forzar, y la creación literaria es sin duda una de ellas. Frente a la nula creatividad, no hay sortilegio ni hay mirada que valga (por más que haya existido en verdad el sortilegio de una mirada, una muy particular, única, intransferible: esa que nunca olvidarás).

Entonces, simplemente –dolorosamente—, dejas de escribir. Y, la verdad, no pasa nada, absolutamente nada. Nadie extraña tu literatura, lo increado, lo inexistente fuera de ti. El mundo, ancho y ajeno, sigue igual. Idéntico a sí mismo. Exactamente igual.

H a b r í a q u e p r e g u n t a r l e a l l e c t o r

NO SÉ DE DÓNDE SACAS QUE solamente con uno sentarse a escribir puede producirse algo bueno. Yo lo he intentado más de una vez, no lo niego. Porque, claro, nada se pierde. Puede ocurrir un milagro. Pero son pocos, muy pocos en realidad, los que lo logran. Hasta el momento no he sido uno de ellos.

Supongo que es cosa de inspiración, y de suerte. Quién quita y de pronto se suelte el aluvión de palabras en determinado orden y concierto, y que se vayan organizando de tal manera que salgan frases y párrafos enteros coherentes y hasta con cierto encanto. Todo es posible, por qué no. Y en cualquier caso, la peor lucha es la que no se hace. Por eso yo siempre hago la mía, como ahora.

Pero una cosa es redactar una serie de ideas, alguna descripción, algo que tenga un mínimo sentido, y otra muy distinta crear un cuento. Porque podría quedarse uno por siempre dando vueltas y más vueltas sobre el eje rasposo del cuento de nunca acabar. Decir cosas y más cosas sin que tome vuelo la historia, sin que asome ni la sombra certera de un personaje, sin que haya situaciones específicas ni mucho menos ambientes mínimamente reconocibles. Y sin embargo insistir e insistir buscándole la quinta

pata a un gato que ni siquiera ha tenido la dignidad de hacerse presente. En todo caso, lo que sí sé es que no se vale salirse por la tangente. O al menos no siempre se vale...

Dicen por ahí que o hay una historia con su desarrollo, clímax y desenlace, o no hay cuento. Eso lo aprendí en un taller literario de gente muy educadita y cuadrada a morir, y nunca lo he olvidado. Pero tampoco logro nunca ponerlo en práctica, tal vez porque no me convence del todo. O al menos no siempre me convence, porque no cabe duda de que a veces sí que funciona el esquemita dizque clásico. En fin, uno hace lo que puede. Ya ves, aquí estoy escribiendo lo que me sale del forro, lo que voy inventando, y no hay cuento por ningún lado.

Sé que tú sí trabajas así, que muchos de tus mejores cuentos fueron contruidos con pura escritura automática, por asociación de ideas, sobre la marcha. Pero bueno, tú eres tú y yo soy yo, y ese método tan poco ortodoxo no me va bien. A menos que me digas que este texto, con su petulante tonito reflexivo, puede aceptarse como cuento porque tiene otros valores que desplazan a las normas tradicionales, acaso porque en él subyace una sutil intencionalidad, porque ha resultado ser en buena medida autorreferencial. En fin, porque a juicio de algunos estudiosos lo posmoderno consiste, entre otras cosas, en una cierta hibridación conceptual y de método que en este caso podría tomarse como una suerte de metaficción enquistada.

Bueno, no sé. En todo caso habría que preguntarle al lector. Aunque dudo que éste sepa bien a bien lo que es la posmodernidad ni la metaficción, o le importe. En cualquier caso, dame tu opinión, también tú eres un lector. De hecho, desde el principio me has estado leyendo... Oye, ¿sigues ahí? Contéstame. ¿O he estado hablando solo todo este tiempo?

Sobreviviente

UNO A VECES HACE LAS COSAS SIN estar del todo conciente del contexto, de las consecuencias. Como en un dulce o exaltado estado de sonambulismo. Como ligeramente “ido”, fuera de foco, descentrado. ¿Te ha pasado en alguna ocasión?

No se es del todo uno mismo cuando pasa algo así, o lo es sólo oblicuamente, de manera apenas tangencial. O acaso, ahora que lo pienso bien, sea entonces cuando en realidad más somos la auténtica versión del yo profundo. No pretendo meterme aquí en complejidades, en teorías psicoanalíticas que desentrañen enigmas de la personalidad, ni nada de eso. Pero lo cierto es que esos momentos existen, suceden, de pronto acontecen dentro o fuera del perímetro estrecho del ser. Y a veces dan frutos.

Entonces, lo que inesperadamente brota del mar interior, del laguito remoto o del riachuelo oculto asume en determinado instante el meollo de su situación, sus contornos, se hace fuerte en sus audacias y en sus límites, no se esconde nunca más. Decide abiertamente ser, nada le arredra, no se deja intimidar. Puede al fin ser un ente nuevo, una criatura auténtica, independiente, propia. Algo que antes no existía, o que al menos no se había manifestado: un

Escrito está

pensamiento, una emoción, una actitud, una novedosa sensibilidad; o bien un temor, un miedo inexorable, una fobia ancestral que apenas ahora se reconoce, encarna, se exterioriza.

Lo primero casi siempre se esfuerza por defender su autonomía, su íntimo orgullo, y de algún modo termina sobreviviendo. Lo segundo, menos afortunado y sin duda más frágil, a menudo acaba en mutilación o suicidio, o haciendo daño a otros. Y en el proceso te arrastra consigo al abismo.

Para bien o para mal –eso lo dirá el tiempo—, soy de la estirpe de lo primero: un pequeño texto espontáneo, híbrido, fundamentalmente reflexivo, acaso efímera escritura que mordiéndose la cola cuenta su propia historia. En todo caso, altivo sobreviviente de mí mismo.

La prueba

CASI NO RECORDABA ESA SENSACIÓN de desamparo que se tiene al salir distraído de la oscuridad de un cine creyendo que aún es de día cuando en realidad ya es de noche y el golpe de esa otra oscuridad nos rodea, nos penetra hasta la médula, en seguida se hace piel y huesos y miedo creciente. Ya después no somos capaces de pensar, y aunque logramos sentir todavía gracias a un fino instinto de sobrevivencia, lo cierto es que nuestra identidad se ha disminuído y ya no somos los mismos. Llámese inseguridad o como se quiera, no será fácil ya mirar de frente, caminar del todo erguido, consignar un nombre propio con orgullo sin que nos acosen o presionen. Es que la noche no suele ser buena consejera cuando se torna continuación de un día que termina sin anunciar su retiro. Mucho menos cuando esa nueva negrura que resulta ha sido reforzada con la que le es propia, hasta hacerse una sola. Lo normal es que no suceda así, que los tiempos y los ambientes guarden para sí lo suyo, lo defiendan a ultranza y no metan cizaña con los ajenos. Además, no todo el mundo está en el cine y se topa de pronto con la negrura cuando sale y se ha hecho de noche. Pero, sin duda, a veces ocurre. Incluso más de lo que podría suponerse. Y lo que resulta suele ser un despropósito, un instantáneo parto inverosímil. Yo, personaje salido de la nada — inhóspita criatura de la noche—, soy la mejor prueba de ello. Falto de luz, varado en un vacío existencial, ignoro mi pasado y mi futuro, y este presente que me vive no lo comprendo.

Cuentos de cincinnati

Los 15 cuentos que integran esta sección, que he llamado **Cuentos de Cincinnati**, fueron escritos en Cincinnati, Ohio (Estados Unidos), entre septiembre y diciembre de 2009, mientras disfrutaba de la beca “Charles Phelps Taft” como escritor visitante en la Universidad de Cincinnati (al igual que en la misma época y gracias a la misma beca escribí también el poemario **Todo el tiempo del mundo**, publicado en marzo de 2010 por Letra Negra Editores, en Guatemala).

Agradezco cumplidamente las gestiones del Dr. Nicasio Urbina que hicieron posible la obtención de dicha beca.

E.J.L

¡Las vainas que inventan los escritores, carajo!

TENÍA TODO EL TIEMPO DEL MUNDO. La beca recibida le permitía dedicarse a leer y escribir a sus anchas, durante tres meses, sin mayor compromiso que enriquecer su formación profesional y tratar de aportar a la literatura algo que valiera la pena. Si al final producía una verdadera obra, tanto mejor. Si tenía mérito, doble logro. Y en ese caso tal vez hasta terminara publicándola. De la noche a la mañana se había convertido en un “escritor en residencia” en aquella universidad norteamericana, o sea que no era un eufemismo afirmar que aquella distinción, si bien limitada en el tiempo, financiaba a cabalidad su dedicación a la escritura. . . No obstante, después de no poder crear nada realmente significativo durante las primeras dos semanas, decidió no frustrarse, y más bien se puso a escribir sobre su incapacidad de hacerlo. Era un recurso que a veces daba resultados. . . Y así lo fue haciendo poco a poco, sin pena ni gloria. Hasta que se cansó de redactar lo que consideró no era más que una serie de frases intrascendentes, retóricas. Poco después, incapaz de escribir, se pone a leer uno de los muchos libros que recientemente había sacado de la biblioteca de la universidad. Entre las obras de ficción hispanoamericana que se trajo al apartamento, elige al azar un libro de autor panameño, un tal Enrique Jaramillo Levi, cuya

primera sección es un conjunto de trece minicuentos premiados en los Juegos Florales Hispanoamericanos de Quetzaltenango, Guatemala, en 2009, todos de índole metaficcional; y la segunda, otra colección de cuentos, pero de extensión algo más variada y diversa índole –fantásticos, eróticos, oníricos, realistas—, según se explica en la contraportada.

Escoge al azar el primero de los cuentos de la segunda parte del libro, de sólo una página. Se llama “*¡Las vainas que inventan los escritores, carajo!*”. Primero le parece una burda tomadura de pelo. Pero no deja de reconocer que hay cierto ingenio en escribir sobre lo que en cierto momento se está creando, y al mismo tiempo involucrar al lector como personaje implícito. Y, claro, ese lector —qué remedio— es por supuesto él, quien en el cuento, al igual que en la realidad, de pronto toma conciencia plena de convertirse al final en el verdadero protagonista. *¡Las vainas que inventan los escritores, carajo, cuando no tienen nada mejor que hacer...!*, exclama. Y motivado, se dispone a seguir leyendo el libro. Pero ahora desde el principio.

El nombre es lo de menos

SIEMPRE HE PENSADO QUE LA MIRADA ES fundamental para que una relación se inicie. La mirada que se siente, o la que se sabe vista y que es retribuida. Por otra mirada, se entiende. Es lógico que así sea. Sin embargo, hay situaciones en que el no querer mirar a alguien que nos mira también puede ser un comienzo en la medida en que el rechazo deliberado, que sin duda implica un acto de voluntad, no deja de ser una forma de comunicación. Al menos en mi caso. Lo cuento años después, sorprendido aún por la manera tan curiosa en que se dieron los hechos. Lo hago porque ya ella no puede refutarme, que es lo que seguramente habría sucedido si estuviera. Nunca quiso aceptar la realidad, acaso porque sentía que era una humillación, aunque yo jamás lo he considerado de esa forma. Por el contrario, más bien creo que su comportamiento, antes y después de que se supo mirada, fue lo que realmente nos unió para siempre. Lo que tendió un puente, invisible al principio, que pasando el tiempo nos permitió terminar amándonos de manera entrañable. Y esto que digo no es, créanme, una cursilería. Al menos no una cursilería cualquiera. Algunos podrán llamarle melodrama, acceso de locura, qué importa. El nombre es lo de menos.

Después del largo romance, ese que parecía interminable e incluso invencible, vino la otra etapa, la que a fin de cuentas desemboca en los hechos que nos tienen aquí. Pero es que nada es para siempre. Nada. Porque ahora que lo pienso bien, creo que siempre supe que tarde o temprano haría lo que terminé haciendo. Es cierto que al principio no había indicios, nada que anticipara lo que sucedería. La fortaleza de nuestra unión, su belleza ante propios y extraños, y sobre todo ante nosotros mismos, no lo sugería. Todo lo contrario. Además, cómo negar que nos amábamos más allá de la sexualidad, lo cual suele ofrecer una cierta garantía.

Los primeros años fueron estupendos, me atrevo a decir que maravillosos en confianza e intimidad. No los cambiábamos por nada en el mundo: nos sentíamos y veíamos muy bien juntos, destilábamos armonía, compañerismo, entusiasmo. Nos encantaba la sensación de llegar a compartir una misma identidad y de ser percibidos así. Por mucho tiempo para todos fuimos la pareja ideal. Todo parecía indicar que nuestro cariño era inmune a los males que una y otra vez desde el principio de los tiempos se fraguan en el mundo. Llegué a creer que nada cambiaría, que nuestro amor estaba a salvo e, incluso, que nos sobreviviría como una suerte de herencia o monumento vivo.

Pero después comencé a pensar que nada es eterno, ni siquiera la mismísima eternidad. No está en el orden de las cosas. Me dije que todo tiene grietas invisibles, o la susceptibilidad a que éstas nazcan en los sitios y momentos menos esperados. Y que por sus resquicios podía colarse alguna variante de la ancestral maledicencia que permea al mundo; o simplemente la duda, o los celos. Y que aunque difícilmente el mal vendría de nosotros mismos, enfrascados como seguíamos en una relación que parecía imbatible, la idea misma de tal posibilidad ya hacía posible tal cosa, empezaba a gestarla. Lo peor fue que en efecto esa idea empezó a tomar forma en algún estrato de mi mente y ahí se fue haciendo fuerte. Tan fuerte que en un momento de debilidad y angustia saltó fuera de los confines de la imaginación y se instaló junto a mí como una sombra.

Enrique Jaramillo Levi

Cuando tuve el primer insomnio de consideración sentí atisbos de inseguridad pinchándose los nervios, y en seguida vino una sinuosa desconfianza que recrudecía con solo mirar a mi mujer dormida a mi lado, semidesnuda, inmensamente deseable, ajena. Ajena, sí, porque ella soñaba metida en un mundo que yo no veía, sobre el cual no tenía el más mínimo control, y en su rostro divino que tantas veces yo había besado asomaba una gran sensualidad hecha sonrisa. Los celos procrearon pensamientos que prefiero no repetir aquí. Baste decir que en ellos había amantes, perversidad y satisfacciones descaradas a granel. Y esos celos fueron nutriéndose de sí mismos hasta generar culpables.

Desde entonces lo que no existía en la realidad y por tanto no podía ser comprobado, lo inventaba. Era como estar consolidando una historia cuyo sinuoso entramado se tornaba más y más tremebundo y obsesivo, y que ajeno a mi control me rebasaba por completo. Fui ubicando rostros y cuerpos, sitios y horarios, razones de ser y lujurias sin fin. Todo a escondidas de mí, siempre a mis expensas. Riesgos y consecuencias se eslabonaron completando las tramas. Tramas, sí, porque eran varias, a veces simultáneas y otras veces consecutivas, pero siempre tremendas y ofensivas y crueles... ¡Yo no merecía eso!

Hasta llegar a hoy, a una de esas horribles escenas imaginadas que tanto me hacen sufrir y que no supe reconocer como una más de mis fantasías. Hasta que llego a nuestra cama esperando encontrarte con uno de tus amantes y solo te hallo sola, desnuda y masturbándote tristemente porque, alcanzas todavía a decirme, “Tú ya no me atiendes, Rodrigo, nunca estás aquí y ya no me haces el menor caso”, lo cual confieso que me molestó tanto o más que haberla encontrado con alguien, por lo que le disparé una y otra vez, y otra, como si estuviera con otro. Acaso por no estarlo.

Yasmín

EN TODO CUANTO HACÍA SE DESPLEGABA una sencillez abrumadora. No tenía pretensiones, no buscaba recompensas. Su vida era un cántaro de agua clara de la que bebía discretamente sin excederse nunca, dispuesta siempre a compartirla sin pedir nada a cambio. Se lo dije un día, y se moría de risa. Eres un poeta desperdiciado, comentó.

Todavía éramos muy jóvenes cuando nos conocimos. Fue en una reunión de vecinos recién llegados al barrio, convocada por los residentes más antiguos. En seguida simpatizamos. Tenía dieciocho años, yo veinte. Era delgada, bastante frágil, muy blanca, con ojos grandes, negros. Casi no parpadeaba, me miraba siempre a los ojos con ternura inaudita e irrepetible. Mucho después me dijo que su primera impresión era que yo tenía ciertos aires de grandeza que temía mostrar, y que seguramente por eso a ratos me volvía un poco tartamudo. Le respondí entonces que los únicos aires que me surcaban eran mis ganas de conquistarla, lo cual ella hizo posible en seguida.

No creo que sea una simpleza ni un lugar común admitir que la quise desde el primer momento, ¿por que habría de serlo si fue

Enrique Jaramillo Levi

exactamente lo que ocurrió? Y en todo caso, la vida está llena de cursilerías que sólo lo son a la vista de otros, los que no entienden de coincidencias ni de nobleza de sentimientos. Lo digo y lo sostengo: quise a Yasmín desde la noche en que, siendo los más jóvenes del grupo de vecinos, nos presentamos mutuamente entre sonrisas cálidas, y sin mayor trámite empezamos a conversar. Era lo más lógico, lo que suele pasar en esos casos. Entre otras razones porque no había competencia, ni para ella ni para mí. Sin duda habíamos coincidido esa noche para no separarnos más. Pero no podíamos sospechar entonces que permaneceríamos juntos durante el resto de nuestra existencia. El destino es así, tiene cosas extraordinarias y cosas malas: a nosotros nos tocó la de ganar.

Hoy cumplo noventa años y la sigo amando como cuando la conocí. Hermosa cursilería, sí. Estoy seguro de que ella lo sabía, aunque ya no pude constatar si me escuchaba al repetírselo a menudo durante los últimos diez de nuestra convivencia: un derrame la dejó desahuciada. Yasmín, el único amor de mi vida, falleció ayer.

No he podido resistir la tentación de redactar los párrafos anteriores usurpando la identidad de Roberto. Todo lo que cuento desde su punto de vista, sobre mí y acerca de nuestra relación, es rigurosamente cierto. Él me lo decía todo el tiempo, lo comentábamos, estábamos de acuerdo. Siempre estuvimos de acuerdo en todo, menos en quién se iría primero. Muchas veces le dije que iba a ser yo, él me llevaba la contraria. De ahí que sólo el final de esta historia ocurriera al revés de lo que he narrado desde su perspectiva. Lamentablemente, el que murió ayer, tras largo padecimiento, fue Roberto. Y yo, que hoy cumplo noventa años, lo sobrevivo amándolo como el primer día. Miento, muchísimo más. Sin temor a las cursilerías.

Cambio de planes

I

EL PRIMER DISPARO NADIE LO ESPERABA. Vino silbando y se me incrustó con saña en el muslo rasgándome no sé qué vena. Tirado en el piso, en seguida empecé a desangrarme. Siguieron otros tiros, y todos dieron en el blanco que era la extensión larga de mi cuerpo a la intemperie, pero ya casi no sentí nada, sólo un montón de quiebres haciéndome saltar de un lado para otro salpicando sangre por todas partes. Los de mi escolta, cobardes de mierda, en vez de defenderme corrieron a esconderse y ya no supe más de ellos. En poco tiempo la comitiva quedó reducida a la sola cosa agonizante que era yo.

Alguien debió extraerme de inmediato la peor bala, medicarme y vendarme ahí mismo, y luego no supe cuándo me cargaron para traerme a la cabaña esta en que ahora me encuentro, ya sin las demás balas que estuvieron en mi cuerpo, sin duda todavía muy delicado de salud. Todo me duele horrores, los muebles me dan vueltas, al igual que las paredes y el techo. A ratos siento que la cabeza se me ha escurrido hacia las caderas, y que luego sube y se mete por mi ombligo y desde ahí me grita tras sacarme la lengua. Pero creo que de ésta no me muero.

¿Por qué me han curado? A qué vienen tantas molestias tras balacearme tan sin consideración pudiendo evitarlo. Tal vez el plan original era asesinar me para que no diera mi discurso, para impresionar al país, y de pronto alguien, viendo que me desangraba y previendo la conveniencia súbita de quién sabe qué otros alcances, propició que cambiaran de idea. Alguien importante, se entiende. Supongo que si sobrevivo habrá tiempo para todas las preguntas, aunque quien sabe si haya respuestas. Debía haberlas, ¡carajo, para eso es uno el Presidente de la Republica!

II

—Quiero que le ordenes a la Asamblea que planchen el anteproyecto de ley ese de las nuevas medidas contra el narcotráfico y el lavado de dinero antes de que llegue a tercer debate. Y que mientras tanto aflojes la persecución constante al paso de la droga por aire y por mar... ¡A nadie conviene el giro que estás dando a las cosas, coño!

—Conviene al país. Además, a mí nadie me da órdenes.

—Pudimos dejarte morir. Todavía podemos.

—Hagan lo que tienen que hacer.

—No te finjas la santa paloma, Rigoberto, tú mismo y tus amigos tienen intereses en todos estos negocios. No entiendo por qué de repente...

—Hay muchas cosas que no entiendes. Uno cambia.

—En este país nadie cambia en política.

—Yo lo estoy haciendo.

—Pero tus amigos no están de acuerdo. Mis órdenes eran sacarte del camino como a un estorbo.

—¡Entonces la cosa viene de ellos!

Escrito está

–Tienes hasta esta noche para dar marcha atrás. Una llamadita al Presidente de la Asamblea, donde tienes mayoría, será suficiente. Sólo me avisas y te comunico con él por mi celular. Y después te pongo al habla con el Jefe de la Policía... Procura recapacitar, de eso depende tu vida. Estaré cerca.

–Aunque lo hiciera, no me harían caso.

–Te sorprenderías.

–Tal vez. Pero en cualquier caso, no lo haré. Definitivamente no lo haré.

III

Rigobero Ampudia, Presidente de la República, quien llevaba una semana secuestrado por desconocidos que lo habían emboscado camino a la Asamblea Nacional, apareció flotando en el Chagres al día siguiente, todo agujereado. La nueva ley anti—droga no fue aprobada, ni el Vicepresidente que ocupó el Palacio de las Garzas antes de decretar tres días de duelo nacional hizo el más mínimo esfuerzo por insistir. Nada se sabe de los asesinos.

IV

P.D. Este relato, tal vez el único texto alusivo al magnicidio panameño ocurrido hace un mes, fue enviado a uno de los periódicos más leídos y respetados del país, en donde todavía no se publica. Puede que sea un auténtico testimonio escrito por alguien de adentro, o una obra metaficcional de algún autor del patio en la que, como a veces ocurre, lo esencial de los hechos es punto de partida y lo que no se sabe se inventa para enriquecer el relato. Pero..., y las coincidencias con el contexto nacional en cuanto a la trama profunda y los culpables, ¿también son ficción? ¿No es toda literatura una forma de apropiarse de los hechos ciertos o posibles, convirtiéndolos en una realidad diferente, mucho más creíble precisamente por ser

Enrique Jaramillo Levi

sólo virtual? ¿Por eso no se ha dado a conocer el texto todavía, por temor a poner el dedo en la vieja llaga y que salga la pus, o de propiciar la inevitabilidad de otros sucesos que pondrían en peligro la estabilidad?

El niño y el piano

Para mis nietos Isaac y Aarón

EL NIÑO NO SABÍA QUÉ HACER CUANDO SU PADRE se encerraba en su estudio durante horas enteras a componer música. Eran horas de aburrimiento extremo y soledad. No tenía muy claro cómo era posible eso de “componer” música, si ésta era siempre algo que parecía darse naturalmente, que salía solita del aparato de radio o de la televisión para instalarse en el aire, en los oídos de la gente haciéndola más feliz. Y sobre todo cuando, sentado al piano de la sala, su padre tocaba todas esas piezas extrañas que sin embargo tenían su propio ritmo y una innegable armonía.

Y no es que no le gustara la música, le encantaba. Era siempre fascinante escucharla, sobre todo cuando su padre se sentaba por horas al piano a tocar alguna melodía que alegraba el ambiente o lo entristecía con sonidos que pareciera que sólo él podía arrancarle al aparato, porque ni en la radio ni en la televisión las había escuchado jamás. Cuando el niño era más pequeño su padre lo sentaba en sus rodillas y él veía cómo los dedos de sus manos grandes y huesudas se deslizaban lentamente sobre las teclas arrancándoles sonidos maravillosos que parecían filamentos mágicos en su manera de irse

desplegando en el ambiente, cobrando vida con sus formas de colores. Era como si hubiera ondulaciones perceptibles en el aire que subían y bajaban con el movimiento de esos dedos y su cuerpo todo estuviera percibiendo una realidad diferente, que lo transportaba a otros mundos que sin duda solo él veía.

Sin embargo, cuando su padre no estaba, o cuando se encerraba a trabajar por horas y horas, que era lo mismo que no tenerlo en casa, el niño era presa de una enorme tristeza. Y ni sus juguetes ni las caricaturas que se movían de un lado a otro en la televisión haciendo tonterías lograban cambiarle el ánimo. Tarde o temprano los dejaba a un lado y, tras llorar un rato, terminaba quedándose dormido en un rincón. Siempre en un rincón, porque había algo en ellos que le ofrecían cierta seguridad, una protección difícil de describir, pero que él sentía como su único apoyo en el sitio de encuentro de dos paredes. Así, cuando después su padre lo hallaba dormido en el piso siempre estaba acurrucado, pegado a un rincón de la casa, nunca el mismo.

Un día su padre le dijo que ya iba siendo tiempo de que fuera a la escuela. Tenía la edad y la inteligencia necesarias, y ahora sólo faltaba recibir poco a poco con la maestra las enseñanzas más importantes sobre las cosas que necesitaba saber de la vida, ya que ésta no era sólo pasársela uno haciendo nada en casa. Fue cuando el niño le dijo que no es que él no hiciera nada, “al contrario, papi, siempre estoy haciendo algo, cosas bien interesantes, sólo que tú no lo notas, y bueno, a la larga me cansan, por eso a veces me quedo dormido”, le aseguró convencidísimo. El padre quiso saber qué era lo que hacía su hijo que no se notaba, y por qué se cansaba de hacerlo.

Entonces el niño le confió por primera vez su secreto mejor guardado: en cada esquina de la casa en donde en algún momento se quedaba profundamente dormido estaba oculta la punta de un hilo del que tarde o temprano halaba y halaba por horas cuando nadie lo veía, hasta rescatar la totalidad de la madeja, y al llegar al

final siempre había un pequeño tesoro diferente, único, que al sacarlo de su escondite siempre era diminuto, pero que luego se agrandaba lo suficiente para que, temeroso de ser descubierto, lo escondiera entre sus ropas antes de que el hilo desapareciera como por encanto.

–¿Por qué no me lo habías dicho? –quiso saber su padre, fingiendo entender –¿No me tienes confianza?

–Pensé que te molestarías y que ibas a quitarme mis tesoritos –respondió cohibido el niño.

–No, yo no haría eso. Son tuyos, tú los descubriste... ¿Cuántos tienes guardados hasta el momento? –quiso saber.

–Hasta ahora tres, papá.

–¿Puedo verlos?

El niño dudó un poco, y luego preguntó a su vez:

–Entonces..., ¿no me quitarás mis tesoritos?

–Al contrario, por cada uno que me enseñes, te compondré una canción. ¿Te parece?

–Pero tú nunca has compuesto una canción para mí –se sorprendió el niño.

–Siempre compongo canciones, hijo.

–Pero nunca para mí solamente —insistió el pequeño.

–Siempre hay una primera vez.

–¡Trato hecho!

Lo que el padre vio con asombro, alineados en perfecto orden en la cajeta de zapatos cerrada que su hijo guardaba en el clóset de su cuarto debajo del cesto de la ropa sucia, fueron: un rojo y verde colibrí disecado, una plateada sardinita seca muy bien conservada y una diminuta tortuga negruzca probablemente muerta por asfixia. Y para su mayor sorpresa, no había hedor perceptible en el ambiente

cerrado de la cajeta. No supo qué pensar, y continuó siguiéndole la corriente al niño:

–¿Estos animalitos estaban vivos cuando los encontraste?

–¡Vivitos y coleando, papá!

–¡Pero un pescadito no puede vivir fuera del agua!

–Éste podía cuando lo encontré, porque al igual que los demás estaba unido al hilo que les daba vida. Cada vez que yo cometía el error de cortar el hilo al final porque tú podrías llegar de repente y molestarte, uno de ellos moría casi de inmediato. Entonces me ponía a llorar y me quedaba dormido.

–Dime una cosa, hijo, ¿hay más hilos escondidos por ahí en las esquinas de la casa?

–Seguramente sí, papá. Siempre aparecen para mí. Pero sólo puedo descubrirlos cuando estoy triste.

–Y qué preferirías, ¿ya no estar triste o seguir encontrando hilos para halar y ver que tesorito aparece?

–Creo que estar triste no mata a nadie, por lo menos a mi edad, –respondió con picardía.

–O sea que quieres seguir descubriendo hilos y sorpresas.

–Creo que es una forma de la felicidad, pero ya no voy a cortar el hilo. Tal vez así sobrevivan los nuevos animalitos que aparezcan. Porque seguro que habrá otros... Total, ya sabes mi secreto y no te molestaste, ¿verdad?

–Claro que no.

Un rato más tarde, el padre se sienta al piano y empieza a tocar una pieza totalmente impensada que le va saliendo del alma, y que pronto inunda toda la casa con su extraordinaria alegría. Pasan quince minutos, y siente que ya casi termina de componerla. Sólo sabe que va a titularla “El niño y el piano” en el momento en que su hijo, quien se había quedado en el cuarto, llega corriendo a la sala para enseñarle,

Escrito está

a gritos, el interior de la cajeta en la cual empiezan a revivir el colibrí, la sardinita y la diminuta tortuga, impregnados de la pegajosa melodía que con extraordinaria fluidez los dedos ágiles del pianista arrancan al piano haciendo que cada animalito brinque y vuelva a brincar de renovada felicidad.

Hoy, literalmente

ÉRAMOS UN GRUPO BASTANTE SINGULAR en esa época. Mara tenía quince años pero parecía de veinte, en cuerpo y actitudes: alta, muy guapa, de una madurez desconcertante. Araceli, de apenas catorce, más bien tímida y hasta apocada, sin duda demostró ser desde el principio la más inteligente, parecía saberlo todo. Y yo, de trece, fui siempre la perezosa del grupo, la que dejaba todo para después, y luego buscaba pretextos para no hacer las cosas. “Qué fresca eres”, me decían a cada rato mis amigas, “tienes una cara de concha que no puedes con ella”. Y de ahí se me quedó el maldito apodo: “Concha”. Así me llamaron por años, hasta que logré quitarme de arriba el pesado lastre volviéndome superactiva, una deportista ejemplar. “Pareces otra”, me decían. “De dónde sacas de repente tanta energía?” Nunca supe a qué se debió el cambio, pero no fue gradual sino drástico y definitivo: empecé a jugar tenis, a correr, a participar en competencias de bicicleta... Logré destacar y ser admirada por propios y extraños, hasta el día de hoy, literalmente. Porque hoy, de golpe, cesó toda actividad. Hace una hora amanecí muerta, y nadie lo sabe aún. Yo misma, muerta de miedo, acabo de enterarme. Porque cuando a las dos de la tarde Mara y Araceli se

cansaron de tocar a la puerta, y seguramente me llamaron por el celular sin obtener respuesta, finalmente le dieron la vuelta a la casa y miraron por la ventana de mi cuarto, que tenía entreabierta la cortina. Me vieron en la cama, creyeron que seguía dormida, golpearon fuerte en el vidrio, terminaron rompiéndolo y entraron. Ya no me pudieron despertar por más que imagino cómo me zarandeaban de un lado para otro mientras me llamaban a gritos, llorando. Yo escuchaba todo lo que pasaba, lo que decían, pero era incapaz de moverme, de abrir los ojos y decirles: “Tranquilas, solo es un mal rato, en cualquier momento logro levantarme, me visto y nos vamos al cine.”

–¡Dios mío, está muerta!

–No creo, el cuerpo se mantiene un poco tibio, más bien parece pesadamente dormida.

–Es raro, porque no le hallo pulso, y tengo la impresión de que el corazón no le está latiendo. A ver, prueba tú...

–¡No siento nada! ¡Creo que está muerta, amiga!

–¡No puede ser..., no puede ser! Voy a llamar al 911.

Me llevan en una ambulancia camino al hospital... Ya van a desistir de continuar con los primeros auxilios, a quitarme el oxígeno... También éstos creen que estoy muerta... Todo lo indica, comentan... Cómo decirles que no, que escucho todo, que puedo pensar, que recuerdo... ¿O será que así es la muerte, al menos al principio...? Debo haberme acostado muy tarde en la madrugada, tras una noche de excesos que ahora lamento... Mucho trago y coca, música delirante, ganas de hacer cosas distintas, osadas... Las imágenes se me aclaran, ¿será que al mismo tiempo la vida se me va...? Me dejé seducir como una tonta por Mario en su estudio, y luego vino Julián y tampoco me negué, y después Roberto y Pedro, y creo que al final estaba gozando nuevamente con Mario y me encantaba y me reía... ¡Dios mío, y todo por tratar de borrar de raíz la culpa de llevar años enamorada de la guapa de Mara, quien nunca se enteró

Enrique Jaramillo Levi

de nada...! No sé quién me trajo a casa, creo que me dormí a medio vestir, por lo que comentan los paramédicos... Ahora he vuelto a mi vieja pereza, sólo que ahora estoy estática, paralizada por completo... Vuelvo a mí misma..., a mí..., vuelvo... Me deslizo hacia atrás, soy una niña púber, luego estoy en brazos de mi madre, ahora estoy apenas naciendo, me acoge aquel mundo interior, pegajoso, húmedo, floto...

El poema soñado

TODA LA NOCHE SONÉ QUE CONSTRUÍA verso a verso un poema de interminable factura. Siempre fue el mismo sueño el que persistía por más que varias veces despertaba y ansioso volvía a dormirme temeroso de perder lo que se había logrado. Pero el sueño nunca cambiaba: cada vez –como el célebre dinosaurio de Monterroso– ahí estaba conmigo el mismo poema esperando, impertérrito, su continuación en el nuevo sueño que también resultaba ser el mismo. “Es admirable, me decía, este empeño en ser preservado, en seguir existiendo en un desarrollo sin fin...” Recuerdo que en el último de esos sueños claramente pensé: “Debo encontrar la forma de salvar este poema para que sobreviva más allá de la indeterminación del sueño... No puede ser que toda la santa noche me la haya pasado sueña que sueña el mismo sueño y que el bendito poema interminable se pierda sin más para siempre: debo buscar la manera de imprimirlo en los pliegues de la memoria...” Pero cuando finalmente desperté, el poema de mierda ya no estaba por ninguna parte: ni el tema, ni la forma, ni nada. De él nada más quedaba, difuminado, el recuerdo de haber existido.

Alma en pena

NO ES CIERTO QUE TODOS LOS CAMINOS conducen a Roma. Ni siquiera cuando se va en pos de justicia. Llevo siglos encerrado en uno de los tantos ocultos calabozos en los subsuelos más profundos del Vaticano, procurando atravesar una y otra vez toda suerte de gruesas paredes, murallas, portones y cuanto obstáculo los hombres de Dios alguna vez crearon para disuadirnos de burlar las prohibiciones decretadas por la crueldad y la intolerancia, y lo más que he logrado es regresar extrañamente siempre al mismo punto de partida. Es como si los pasajes de aire que anidan entre los obstáculos externos fueran un permanente revoltijo de incongruencias sin pies ni cabeza. Si cuando vivía en mi cuerpo durante años de afanoso esfuerzo físico e ingenio no conseguía escapar, alguna vez tuve la ingenuidad de suponer que pasando el tiempo, y ya desencarnado, sería infinitamente más fácil lograrlo. Pero, maldita sea, al fin he llegado a la conclusión de que los fantasmas tampoco podemos vencer a la Santa Inquisición, que me imagino todavía anda tan campante por el mundo haciendo de las suyas. ¡Me cago en la puta que parió a Torquemada, y en todos sus desgraciados engendros!

Una misma sombra

TENER HAMBRE, SENTIR QUE PASA EL TIEMPO y sus efectos se agudizan infamemente porque empiezan a tomar poco a poco proporciones dantescas en los linderos maltrechos del cuerpo todo, e incluso en la creciente angustia que hinca sus garras en la mente, es una situación que sólo le deseo a mi peor enemigo. Sí, a ese mismo, el no—susodicho que sabe muy bien que aludo a él. Y otros, amigos y enemigos de poca monta, también lo saben a la perfección. Entre otras razones porque ese individuo fue el culpable de todo, el único y definitivo culpable, y porque se trata de un hecho público.

En efecto, figura mefistofélica si la hay, el individuo hizo durante años todo cuanto estuvo a su alcance para propiciar mi desgracia, y lo planeó con suprema inteligencia y mala leche, fingiendo haber desaparecido al fin de mi vida. Reptando pacientemente tras bambalinas hasta incrustarse servil en las entretelas del poder, primero fragua toda suerte de movidas sinuosas en el terreno intelectual, alzando pendones de moralidad e indeclinable patriotismo contra mi supuesta condición de persona aviesa e hipócrita. Después logra meterse por los vericuetos de la competencia laboral, y ahí cava hondo sus iniquidades reblandeciendo cimientos en los que en aquella

época, con la mayor ingenuidad, me apoyaba. Por último, sabe penetrar los prejuicios y las menos visibles debilidades de viejos amigos e insospechados familiares por quienes hasta entonces hubiera puesto yo las manos en el fuego. Los efectos de su conspiración, gestada en distintos frentes, coincidieron en el tiempo, y con el apoyo de una credulidad inaudita de tirios y troyanos el derrumbe de mi vida fue más estrepitoso.

El tipo, qué duda cabe, se las trae. Es un genio, hasta ahora poco conocido, de la perversidad. Su fama de artista y la lucidez y elocuencia de su discurso son respetados en la comunidad, y han logrado opacar el poder de su maledicencia y silenciar en buena medida la fuerza de su maldad. Claro: lo que no se ve, lo que se oculta o simplemente no se manifiesta, no existe para los otros, los siempre crédulos, los que disfrutaban la adulación y presumen de cultos sin ahondar en conceptos, sin aportar nada personal que valga la pena. Además, el individuo de marras siempre trabaja bajo cuerda, entre las sombras, deslizándose como un alacrán. Los pocos que lo conocemos bien podemos dar testimonio de que la ponzoña que almacena aflora tarde o temprano en pequeñas dosis: yace escondida un tiempo, pero siempre al acecho hirviéndole bajo la piel, urgida de manifestarse sin dejarse ver. Lamentablemente, en esta ocasión yo he sido la víctima.

No tengo fuerzas ya para moverme. Me estoy muriendo de hambre, sí, y nadie da nada por mi cuerpo maltrecho tirado en este infame zaguán. Ya no me reconocen, o fingen ignorar mi identidad: es lo mismo. Y creo que empiezo a oler mal, porque los pocos que pasan por aquí se tapan las narices y apresuran el paso mirando para otra parte. Lo más probable es que acabe como uno de esos cuerpos desposeídos, sin dueño, con los que a menudo terminan experimentando los atildados estudiantes de medicina. Pero tengo una gran satisfacción: muy pronto mi peor enemigo, el que me ha hecho la vida imposible por puritita maldad, por envidia, por intolerancia, dejará de ser por siempre un no—susodicho. Está por llegarle su hora final. Mi hora. La nuestra. Y es cuando será común

Escrito está

al fin nuestra identidad. Porque yo soy la víctima, ya lo dije, pero también mi propio verdugo. El causante de mi desgracia. Yo soy aquel José Antonio Carbunclo, reptil inmundo al que tanto desprecio. Una misma sombra, un mismo despojo.

Retrato de mi abuelo

Para mi hermana Vonnie,

quien comparte muchos de estos recuerdos

PROCEDENTES DE GUAYAQUIL, DON ERNESTO, como todos le llamaban con cariño y respeto, había llegado a Panamá a edad madura, acompañado de su esposa Ana y de una fiel criada indígena llamada Isabel Tomalá, casi una niña en esa época, quien permaneció con ellos hasta la muerte de ambos, y luego vivió en casa de mis padres algunos años más.

Llega a tierras istmeñas huyendo de cierta persecución política en el Ecuador de los años veinte del siglo pasado, un asunto a cuyos detalles nunca tuve mayor acceso. Por razones que nadie hoy recuerda, se afincan muy pronto en la ciudad de Colon, y ahí viven prácticamente toda su vida. Muy pronto amigo de muchos en la comunidad y de todos ocasional confidente, Don Ernesto adopta la nacionalidad panameña y logra convalidar su título de abogado, profesión que ejerce con dedicación y esmero por más de treinta años.

En esa ciudad nacieron sus dos hijos y una hija y, pasando el tiempo, varios de sus nietos, entre los cuales me cuento. De niños, mi hermana y yo nos quedábamos a dormir en su vieja casona de Calle 7 y Avenida Meléndez, sobre todo algunos fines de semana

cuando nuestros padres se iban de fiesta. Recuerdo que nos encantaba la espesa sopa de queso y la de torrijas de carne deshebrada cocida en huevos que nos hacía Isa la criada, como un ritual, los fines de semana, y cuya receta ecuatoriana, que alguna vez tuvimos en casa de mis padres y volvimos a disfrutar durante algunos años, terminó perdiéndose irremediamente con el tiempo. Lo otro que nos encantaba por aquella época era que en las noches Isa nos rascara la espalda por horas –así nos parecía entonces– con sus afiladas uñas de gata mansa.

El “tambo” de esa casa inolvidable, dividida en dos apartamentos independientes con sendas escaleras que subían hacia ambos lados del edificio –ellos habitaban el de la izquierda–, era una especie de sótano húmedo y algo misterioso frecuentado por lagartijas negras, enormes cucarachas y numerosos gatos de todo tipo, en el cual a Isa le tenían instalado su cuarto: un área siempre en penumbras, iluminada por veladoras e imágenes de santos junto a la modesta peinadora con espejo, un sitio en el que por alguna razón muy poco me gustaba entrar, contrario a mi hermana a quien, hasta ahora me entero, le encantaba estar ahí. Tal vez era el hálito de misterio que, hacia la parte de atrás del amplio espacio rectangular, se desprendía de la casi total oscuridad de esa área. Nunca supe lo que había más allá del borde débilmente iluminado donde yo daba por terminado el cuarto, y jamás penetré en esa otra parte que de cuándo en cuándo aparecía en mis pesadillas. Cosas de niño inseguro, que hasta ahora vuelven pálidamente a mi memoria.

A mi abuelo Ernesto lo recuerdo de rostro ovalado, algo rollizo y muy blanco peinado con raya al centro, de mediana estatura, la bien cuidada barba entrecana y los bigotes cuidadosamente recortados. De ademanes parcos, usaba una gafas redondas y negras que casi nunca se quitaba. Solía desplazarse lentamente por un Colón tranquilo que ya no existe, y que sin duda se sabía de memoria por la sencilla configuración de sus dieciséis calles y las avenidas que las atravesaban con una simetría perfecta. Enfundado siempre en su terno blanco y usando a diario zapatos negros de charol

impecablemente relucientes, se iba muy temprano en la mañana a su oficina situada en el segundo piso de un edificio que estaba en la esquina de Calle 6 y Avenida Central, y al final de la tarde regresaba a casa, colgado del brazo el amplio paraguas negro sin el cual no salía ni a la esquina.

Su dicción, en extremo esmerada y pulcra, hacía gala de una sintaxis más que correcta, impecable. Si bien ejercía como abogado y de eso vivía, hallaba en el periodismo de opinión, y en el de índole festiva, su complemento ocasional perfecto. Hacia 1937 publica su único libro, “**Fruslerías**” (se puede revisar en la Biblioteca Nacional), en el que recoge artículos, cuentos, crónicas, estampas y poemas breves de marcado tono e intención humorística, que a lo largo de años habían ido apareciendo en periódicos locales. Mucho tiempo después supe que el elogioso prólogo de un tal Juan Franco que aparece en ese libro en realidad es del insigne poeta nacional Ricardo Miró, quien vivió algunos años en Colón y era su amigo, al igual que también guardaba amistad con el destacado periodista Gil Blas Tejeira, director del semanario “*Calle 6*”, años más tarde fundador de la escuela de periodismo de la Universidad de Panamá, hoy Facultad de Comunicación Social, y autor de inolvidables libros, el más célebre sin duda la novela “**Pueblos perdidos**”.

Conservo recuerdos vagos de mi abuelo, los cuales renacen cada vez que repaso el viejo álbum familiar que mis padres tuvieron el cuidado de ir armando y que de ellos heredé. Las pequeñas fotos en blanco y negro en que me carga o juega conmigo, su primer nieto; o bien me observa desnudo bañándome en una tina o asido a un gran paraguas negro que probablemente era el suyo, me siguen emocionando, porque sólo entonces creo recordar momentos que seguramente no quedaron por sí mismos fijos en la memoria. Tengo la impresión de que nunca tuve una cercanía demasiado envolvente con él —y lo lamento—, no sabría decir si por su carácter algo huraño o por mi propia inconsecuencia, o acaso simplemente sea culpa de mi hoy reconocida mala memoria.

Dos o tres veces he leído “**Fruslerías**” y asociado el buen humor de sus textos con la fama que tenía Don Ernesto de hombre chistoso dentro de su aparente parsimonia y seriedad exterior. No son malos muchos de ellos, y hasta incluí alguno de los cuentos en una amplia compilación histórica de ese genero literario, en dos tomos –“**Sueño compartido**”– que preparé con motivo del Centenario de la Republica, con todo y los datos biográficos mínimos que con gran esfuerzo pude recabar –no más de un párrafo apretado–, y una fotografía suya. No pocas veces he pensado que es probable que sus genes tuvieran algo que ver con mi obsesivo gusto por la escritura.

No recuerdo de qué murió, aunque Doña Anita su esposa –mi abuela–habría de sobrevivirle algunos años, toda bondad y resignación. Pero mi abuelo paterno, Ernesto Jaramillo Avilés, fue la primera persona de cuyo cuerpo sin vida fui asombrado testigo. Luego, pasando el tiempo, habría de ocurrirme con mi abuela Ana, con mis abuelos maternos Jacques y Sarita Levi, y mucho después con mi padre primero –sus muchos amigos y en la familia siempre le llamaron Kiki–, y finalmente con Amy mi querida madre. Uno nunca se repone de la impresión, tanto por el impacto de ver tan de cerca y tan largamente el cuerpo yacente, estático, lívido, incapaz de comunicarse ya con nosotros, como por el vacío innombrable que su ausencia de inmediato empieza a dejarnos.

La mano amiga

EL CACHORRO NEGRO HABÍA NACIDO CON UN BRACITO HUMANO, blanco como la leche, colgándole a un costado de la cintura como un perverso adorno de Navidad. Lógicamente, a todos nos asombró sobremanera al principio. Ya es costumbre en este pueblo devastado por la desbocada tala de árboles, las fumigadas indiscriminadas y la infame minería creciente a cielo abierto, que ciertos animales vengan al mundo dotados de ramitas y raíces de todo tipo saliéndoles de cualquier parte del cuerpo. Pero ahora esto otro era un auténtico fenómeno.

Sin embargo, con el tiempo a todo se acostumbra uno. Ya de grande, el doberman de la nieta de la dueña del rancho, a pesar de su oscura y atlética inmensidad desplazándose a cualquier hora por el patio reseco, de los agresivos colmillos siempre al acecho ante las visitas y de la mala costumbre de ladrarle a toda hora a cuanto Dios creó, terminaba enterneciendo a la gente cuando, tras calmarse, extendía su pálido brazo de niño travieso indicando que deseaba dar la mano en señal de paz, y tal vez hasta de amistad.

Escrito está

Pero, ¡carajo!, se le pasó la mano. Literalmente. Porque como se podrán imaginar, también quiso ser mi amigo cuando me notó mirándolo desde el piso –siempre he sido muy observador–una tarde de lluvia en la que me refugié en el portal. Y yo, estúpido ingenuo, alcancé a extenderle diminutamente uno de mis cien piesecitos ínfimos, que entre los dedotes recios de esa extraña mano de inmediato quedó hecho papilla junto con el resto de mi alargado e indefenso ser.

Aunque de algún modo aún palpito y extrañamente he logrado contar esta historia, ahora soy una triste plasta gris, insignificante, en el suelo de madera en donde la bestia se ha limpiado los dedos, como si nada.

La ardilla

EN UNA PLAZA DESIERTA, UN SOLO ÁRBOL INMENSO y frondoso un domingo. Soy un turista ignorante que no tiene idea de su especie u origen, pero siempre estoy dispuesto a aprender. Sus ramas se extienden multiplicándose en curiosas piruetas estáticas que, a su vez, verdean de grandes hojas sarmentosas que nunca antes he visto, y que con su espesor impiden que vea más allá de su majestuosa presencia.

Una ardilla, que no me parece adulta, se asoma tímidamente por entre las ramas. Mi mira un instante, pícara. Da un brinco hacia el gran tronco oscuro y empieza a descender sin prisa. Se detiene a medio camino, vuelve a mirarme, con intencionado detenimiento esta vez, o eso me parece. También yo me le he quedado mirando, larga, simbióticamente, sintiendo su palpar; su suave, ya no tan nerviosa paciencia.

Poco después continúo bajando por el tronco con lentos movimientos, al principio mal sincronizados, ajenos a mi naturaleza, y al fin llego al suelo, mientras siento que él va a dejar de contemplarme. Y en efecto, erguido ahora sobre mis patas traseras, estirando el cuerpo hasta hacerme más larga, con mi cabeza erecta y los ojos fijos en su figura veo cómo el hombre que me observaba da media vuelta y, de manera algo torpe, como si recién aprendiera a caminar, sin mirar atrás se aleja jorobado y como a brinquitos, intentando inútilmente enderezarse.

Santo remedio

NO ME LO VAN A CREER, PERO FUIMOS veinte hermanos. Mamá no había parido uno cuando, prácticamente sin transición, y tal vez hasta sin darse cuenta plena, puntualita como un reloj suizo ya estaba esperando otro hijo. Así, hombre que llegaba de paso y pernoctaba -camioneros, mineros, trabajadores manuales-, hombre que dormía feliz de la vida en su lecho una, dos, hasta tres noches seguidas. Y cuando llegaban varios no se cómo le hacían pero jamás hubo pelea y todos quedaban contentos.

Nunca supo, por supuesto, quién era el padre de quién entre nosotros, todos varones, criaturas que fue engendrando una tras otra con la mayor naturalidad. Cómo saberlo con tanta y tan variada acción. Pero lo cierto es que de mil amores los traía al mundo, siempre sonriente, nunca quejándose de nada. Y si alguien no la ayudaba paría sola, india al fin y al cabo. Dadas las circunstancias, sin duda muchos hijos más habría parido si el tiempo de la gestación fuera más corto.

Los fue criando como mejor pudo, con lo que en los primeros años dejaban sus muchos huéspedes por posada y alimentación. Por suerte aquel motelito heredado de su abuelo estaba muy bien situado en un cruce de caminos, ella era una buena cocinera, y además sabía llevar bien la armonía de los números y demás cosas pertinentes, propias y ajenas. Y siempre, insisto, con una sonrisa a

Enrique Jaramillo Levi

flor de labios. Guapetona con sus caderas anchas y sus tetas rotundas, o barrigona en espera de uno de nosotros, no importaba. Pero por desgracia llegó el tiempo interminable de las vacas flacas...

Yo fui el último -mis hermanos se fueron muriendo uno a uno de hambre en los tiempos recientes-, porque cuando mi madre volvió a embarazarse, esta última vez de un criminal convicto recién escapado de La Joya -cárcel de vicio y corrupción que no quedaba lejos-, de quien por cierto (como tampoco de los otros) nunca más supimos nada, tuve que poner un hasta aquí. La situación se había puesto color de hormiga, del todo insostenible desde hacía mucho tiempo; y ella, la pobre, no parecía entender -o no le importaba- que para mantenernos no bastaba con que abriera las piernas cada noche a cambio sólo de expresar su felicidad con grandes gemidos, pero nada de dinero que nos diera de comer por darle a esos extraños no solo placer sino posada casi gratuita.

Así que un buen día, con dolor de mi alma, emputado al máximo con la muy pendeja, le entré a puño limpio y patadas. Con todo y el nuevo engendro que ya empezaba a gestarse en su vientre, tuve que hacerlo. Y bueno, santo remedio. Ahora la posada al menos da de comer.

Aire de familia

NO ERA FÁCIL PONERSE A ESCRIBIR ASÍ, de buenas a primeras. Redactar sin más cualquier frase que asomara la cabeza, y de ahí seguir construyendo poco a poco una historia coherente, interesante. Posible sí, pero no fácil.

Pero mal que bien lo fue haciendo. Una a una brotaban las palabras, trayendo consigo a sus congéneres. Y en efecto, algo tenían todas en común, un cierto tono, cierta intencionalidad, algo; como un aire de familia.

Después de un breve tiempo que pareció condensarse ignorando la distracción de sonidos, colores y movimientos externos, hubo consenso tácito, una especie de decisión no—declarada que flotaba en el ambiente ajeno al autor.

—Ya somos casi un cuento —dijo feliz una frase.

—O al menos un minicuento próximo a cerrarse —comentó otra dándose ánimos, apegada a la intuición.

—Solo que... no sabemos quién es nuestro autor ni qué pretende —volvió a intervenir la primera, meditabunda. —Oigan, ¿se vale así, como salido todo de la nada, puro texto sin historia, sin mayor filiación?

Enrique Jaramillo Levi

—La historia existe, hay que saberla entender, y la filiación es pura cosa de retórica —explicó muy segura de sí misma una tercera frase exhibiendo su indudable sabiduría. —No tiene mayor importancia, al menos para nosotras —añadió.

—Entonces, ¿qué la tiene? —quiso saber la segunda.

—La totalidad de la escritura —afirmó la primera—, su sentido. Solas no somos nada.

—Tal vez tengas razón —acotó la primera—. Siempre se ha sabido que en la unidad late el secreto, la posibilidad de coherencia; y bueno, ya estamos en eso.

Entonces, complacido, el autor supo en ese momento que el texto (o lo que fuera, el nombre era lo de menos) llegaba a su fin.

Sin nunca más sonreír

ESE DÍA SE PUSO FURIOSA, DEJÓ DE hablarle a todos por muchos años, y amenazó con no volver a sonreír nunca más. Y durante el resto de su larga, larga existencia indefectiblemente cumplió a cabalidad.

Su rostro de niña pícaro y extremadamente traviesa, que por mucho tiempo permaneció desde entonces inmutable en lo irracionalmente adusto de su infantil estampa; y luego en su fiel retrato adolescente de sí misma que jamás se transformaba; y después en su cara de madurez petrificada en una seriedad, casi tristeza, imperturbable y siempre cotidiana; para más tarde ser la imagen viva de quien habiendo envejecido sin prisa se estacionaba a sus anchas en los achaques, las arrugas y las canas que se multiplicaban junto con la desmemoria, finalmente se hizo añeja ancianidad reconcentrada e imperturbable con visos de llegar a ser eternidad extrema. Ese rostro fue protagonista permanente del fenómeno que, junto con su mutismo inexpugnable, con los años fueron contando y recontando familiares, amigos, conocidos y hasta desconocidos que de ella tuvieron noticia, y a quienes Dona Beatriz Elena Salvatierra sobrevivió ampliamente sin siquiera darse cuenta.

Enrique Jaramillo Levi

Por supuesto, nunca se casó, ni se le conoció novio alguno ni nada que se le parezca. Yo todavía la vi cuando los tataranietos alcanzamos a celebrarle sus 103 años mientras ella se mantenía ajena al tiempo, indiferente a todo en su trono de venerada matrona única. Y aún era entonces su rostro una pétrea máscara que perfectamente hubiera podido desprenderse de su cara y ser usada por alguna versátil actriz de ahora representando a Yocasta, a Clitemnestra o a la fiel Penélope. Así de hierática se habría visto en un escenario a su medida, rodeada del coro reverente de quienes sólo conocimos a medias su historia.

Y todo porque aquella tarde de octubre, cuando yo aún no soñaba nacer, mientras jugaba con sus primos y unos amiguitos en el jardín, uno de éstos tuvo la ocurrencia de pedirle a la linda Beatricita que les mostrara el gatito tibio y sonrosado que celosamente guardaba entre los muslos regordetes y muy blancos. Los que vinimos mucho tiempo después nunca supimos exactamente quién fue el osado, pero siempre hubo rumores acerca de un pobre niño que fue hallado meses más tarde flotando en un pozo de la granja familiar.

Índice

La metaficción y los vericuetos de la creatividad literaria	7
<i>Escrito está</i>.....	11
Escrito está	14
Cuentos completos	16
Mordiéndose la cola	18
El desafío	20
Minimetaficción	23
No hay móvil: he dicho	25
No puedo parar	27
¿Qué tiene de malo?.....	29
En la última línea	31
El sortilegio de la mirada	32
Habría que preguntarle al lector	34
Sobreviviente	36
La prueba	38
<i>Cuentos de cincinnati</i>	39
¡Las vainas que inventan los escritores, carajo!.....	42
El nombre es lo de menos	44
Yasmín	47
Cambio de planes	49
El niño y el piano	53
Hoy, literalmente	58
El poema soñado	61
Alma en pena	62
Una misma sombra	63
Retrato de mi abuelo*	66
La mano amiga	70
La ardilla	72
Santo remedio	73
Aire de familia	75
Sin nunca más sonreír	77

La primera edición de *Escrito está*, publicación Núm. de la colección de Narrativa Centroamericana, se terminó de imprimir en los talleres de ARMAR Editores, 11a. Av. 2—49 zona 15, Colonia Tecún Umán. Guatemala. Centroamérica. En el mes de marzo de 2010.
